

“Entre 'El Eternauta' y 'Titanic'”

En agradecimiento a todos los que nos ayudaron.

Me piden que escriba pero a las palabras, a muchas de ellas, también se las llevó el agua. Todo se ha resignificado, como si en el repertorio de metáforas disponibles del lenguaje también se hubiera metido, en cada resquicio, el agua podrida que lo invade todo.

Quedaron en su lugar algunos signos que no alcanzan a contar, a ponerle nombre a las cosas. ¿Cómo se llama *eso* que hace síntoma en el cuerpo (colectivo) de los barrios cuando el cielo se nubla? ¿Y eso que se apoderó de nosotros el último viernes, cuando el agua empezó a subir (de nuevo) y desbordar, (otra vez), las zanjas, las alcantarillas, las veredas?

Quedan palabras desesperadas, temerosas, agradecidas, cursis, violentas.

Pero no hay palabras para contar cómo es adivinar las formas del mundo conocido, y de lo íntimo, cotidiano, familiar, que de pronto se ha vuelto extraño, amenazante, hostil. Oscuro. Los pies, primero, y luego las piernas, y más allá (y no se sabe hasta dónde ni hasta cuándo) se hunden en ese lago negro, oscuro, turbio que inunda nuestro living, dormitorio, baño, trepa por las bibliotecas, se introduce en los colchones, los roperos, la heladera, los juegos de mesa, las herramientas, los pinceles y los materiales de dibujo, las computadoras, los cd.. Flota la basura, flota un libro, no roza una bolsa, una culebra ciega, levantamos un televisor y entonces desde afuera...

Los gritos, las alarmas de los autos, la oscuridad.

Cortamos la luz, nosotros. (Después comprobaremos que la empresa no lo hizo, sabremos que muchos se electrocutaron, pero eso ni siquiera lo sospechamos en ese momento.) Tomamos decisiones. Peleamos. Se escuchan (y se formulan) propuestas delirantes, que suenan a exageraciones y sin embargo, se ejecutan. *Salgamos*. Intentamos, no podemos. ¿*Qué hacemos con los animales?* La perra trata de pasarse del sillón que ya se moja, a la mesa.

Entro al baño: un líquido oscuro y denso como petróleo, repugnante como residuo cloacal, sale con una fuerza desconocida por los orificios de la bañera, el bidet, desborda el inodoro, el lavatorio.

Subamos al techo. Estás loco. Alguien va a venir. Entra un mensaje de texto. Una amiga quiere saber si mañana habrá clases. ¿Clases? No sabemos de qué habla. ¿Pero entonces, qué es lo que está pasando? ¿Sólo es nuestro barrio? Angustia por no poder comunicarnos con nuestros familiares y amigos. Nadie quiere preguntar en voz alta.

Los gritos, las alarmas de los autos, la oscuridad.

Buscamos la escalera. Los documentos. Las velas. Los celulares. Las linternas. Ropa seca . Ya no se puede llegar hasta la ropa seca, ya no hay ropa seca. Incluso la frase “ropa seca” semeja el fragmento perdido de un discurso delirante que ya no nos dice nada.

Subimos a la perra al techo con la escalera de pintor. La puerta de la casa es como una muralla que

nos separa de la salvación, que ahora parece estar afuera, el refugio nos expulsa. Queremos ir a lo de mi amiga María, en la otra cuadra, que tiene planta alta, que nos invita mediante un mensaje de whatsapp pero no es posible. Nuestra calle de barrio obrero con sus chalecitos de Plan de viviendas “Eva Perón” que ha ido mutando con los años en residencial para una clase media más pretenciosa, es un río oscuro cortada por las calles 8 y la calle 9 son como los ríos de Córdoba pero putrefactos, corren veloces hacia el arroyo Del Gato, arrastran en su frenesí el cuerpo, tal vez ya muerto, de Pepe Galzerano, nuestro vecino. Pero ni siquiera lo sospechamos.

Buen día Pepe, ¿todo bien?

Pepe se va a la clínica a dializar. Pepe está a salvo en la clínica, le gritamos a a Willy, su esposa, desde el techo. *¡Nadie lo va a dejar salir con semejante diluvio! ¿Querés que te busquemos, te subamos? Que no,* insiste ella desde el vano de la ventana enrejada. Espera el llamado de él. En la casa de al lado de ella y frente a la nuestra, Lautaro y Belén, con su papá Rodrigo, se achican, se acurrucan en una paresita de dos por dos, y el agua negra sube y sube y ya cubre ya la tapa de la luz. Hace horas que paró de llover, ¿y cómo es que sigue subiendo el agua? Los celulares no logran comunicarnos con las radios, apenas música, apenas algún sms de un amigo que dice que está “del otro lado” pero no puede cruzar. Del otro lado, del lado de los que están a salvo. ¿A una cuadra apenas, o dos?

Las alarmas de los autos que chocan en la avenida siete, así debe sonar el Infierno, con gritos en la oscuridad, con ese no saber. Le gritamos a Ale, que está, con el agua arriba de la cintura y sus noventa años, en la casa “de abajo”. Porque nosotros, desde arriba, vemos a las otras familias que han subido: en el techo de atrás unos nenes juegan a la pelota, como si surrealismo italiano tuviera en Ringuelet un pequeño homenaje, y *suponemos* a los demás vecinos, a los que quedaron abajo. Nuestras preguntas y promesas de ayuda gritadas los mantendrán despiertos, creemos. ¿Pero durante cuánto tiempo? (Después sabremos de Pinino Piotti, que estaba operado y no pudo levantarse de su cama-tumba.) Y mandamos tuit y mensajes, pedimos ayuda, administramos la batería de los celulares (que son linternas y radios y comunicación) porque no sabemos qué pasa. Como dice Juano, mi hijo, sobre la noche interminable de la inundación: *es como una mezcla de “El Eterenauta” y “Titanic”*.

Nadie responde. Las horas pasan. Aparece mi hermano: vemos un cuerpo que lleva el río negro que arrasa la calle 8 y alguien que se aferra a las rejas y a las paredes... y ¡es mi hermano que se atrevió a cruzar! *Loco. Loco.* Lo abrazo. *Loco.* El Negro y Ruth, desde aquel lado de la frontera, porque, sabremos después, la escena se repite en todos los barrios, las fronteras ilógicas entre la vida y la muerte, las calles como ríos que separan la salvación de la inundación. El desconcierto. La gente, sabremos, que se ha levantado para ir a trabajar y como no hay luz, no hay teles ni radios ni compus y no saben nada. Los de afuera saben, pero en la ciudad muchos todavía no. En City Bell, en Villa

Elisa (que esta vez zafaron) no saben. Como los que llegaban de viaje y no pudieron entrar a la ciudad. La policia no aparece por ningun lado y si parece, no sabe. (Tardará días en aparecer, llegará después que la Gendarmeria y el Ejército y llegará desordenada y sin cauce, como la inundación).

El 911 no contesta durante horas en la larga noche del infierno acuático. ¿Por qué el agua, el diluvio, simbolismo ancestral de muerte y renovación, llega con mierda de cloacas y petróleo? Están los que además saben que hay un incendio en YPF. Los que saben ya que hay muertos, los que los ven, flotando, arrastrados por la corriente, los que no podremos sacarnos esas imágenes de nuestras retinas ya nunca.

En los techos (todavía) no sabemos nada. Pero nos vamos dando cuenta. Aunque sigue nublado empieza a anunciarse el día, cierta claridad que renueva esperanzas, la noche va llegando a su final (aún no sabemos que esa noche no va a terminarse). A las siete de la mañana aparece el primer gomón. Suenan silbatos, gritos de rescatistas. Prefectura. Pasan unos pibes con un cayac. Se llevan al pibe de la silla de ruedas, a Ale, a una señora grande aferrada a su perrito. Después rescatan a los nenes de enfrente. Recién a las 10 de la mañana, doce horas después de subir al techo, vemos un helicóptero. Siguen sonando las alarmas de los autos chocadores y los gritos y ahí se llevan el cadáver de Piotti, el de la vuelta de casa, que estaba operado y se ahogó en su cama. Quién sabe a qué hora, en esa tremenda soledad de la noche mojada y podrida.

A nosotros nos rescatan los amigos y mi hermano. Nos bajan. Nos ayudan, nos arropan, nos cuidan. Empezamos el largo día de los zombies post inundación, pero no lo sabemos. Nos iremos enterando.

De las muertes.

De nuestra hermana atrapada en el auto con los nenes que zafa por milagro.

De todos los demás inundados, los incendiados, los desaparecidos.

Del alcance de nuestra pérdida.

De las fotos, los recuerdos, los dibujos, los libros, el anillo de mi padre. Los documentos. Toda nuestra intimidad expuesta, revuelta, en manos de los amigos que nos ayudan y tiran a la basura buena parte de nuestra vida. Y los más pobres, que revuelven todo eso podrido que nosotros tiramos, colchones tóxicos, muebles, papeles, juguetes, almohadones.

Empieza ese largo día de insomnio, de vivir de prestado, de colas para vacunarse, para buscar agua, para bañarse, para que te den uno, dos, tres, cuatro certificados que luego parecen no servir para nada. Damnificado, esa es la nueva identidad que tenemos.

Si siempre estuvimos del un lado del mostrador de la militancia, ahora estamos del otro y, como nunca, todo adquiere sentido. Nos ayudan. Nos cobijan. Porque nosotros no podemos más.

Después sabremos de la potencia del despliegue de solidaridad de nuestro pueblo, de nuestros amigos y compañeros, de la familia. Sabremos que la ciudad ha cambiado para siempre y que en el

interior de cada persona hubo un pequeño tsunami, como el de afuera. Nadie volverá a ser el mismo. Seremos los que asumamos la lucha para encontrar la verdad y la justicia para nuestros vecinos muertos. Seremos los que nos demos cuenta de que se desata en algunos ámbitos del Poder Judicial, del Municipio, del gobierno provincial, un tremendo operativo de encubrimiento, de mentiras y de abandonos, subterráneo y paralelo al despliegue vital de la solidaridad. Iremos aprendiendo a ser abogados, arquitectos, ingenieros, confesores, escritores, enfermeros. Y sobre todo, que solos no sobrevivimos, nunca. Que solos, no vale la pena.

Cintia Rogovsky

13 de mayo 2013, Ringuet, La Plata